

## IX.

**Guerra de los partidarios de la barbárie contra Quinantzin.--Muerte del infante Nopaltzin.--Restituye Acolhua II á Quinantzin la corona imperial.--Rebelion de los cuatro hijos mayores del emperador, y su castigo.**

Al coronarse Acolhua II emperador, Quinantzin no hizo demostracion alguna de hostilidad contra este nuevo usurpador, y, fiel al plan de conducta que de antemano se habia propuesto observar, siguió trabajando en sus dominios de Texcoco en pro de la civilización, confiando en que el curso de los acontecimientos provocados por el espíritu de independencia de los feudatarios del imperio, vendria á nulificar la autoridad de Acolhua y á restablecer la suya propia, des- embarazándole de este segundo monarca intruso, como lo habia sido ya del primero.

Desde luego, correspondieron á tal esperanza los régulos de Meztitlan, Tototepec y Tollantzinco, negándose á pagar el feudo á Acolhua; mas, como al mismo tiempo eran partidarios y representantes de la barbárie chichimeca que veia en Quinantzin á su principal enemigo, levan-

táronse en armas contra este príncipe, á instigacion de los antiguos revoltosos Yacanex, Ocotox é Icuex; y resueltos á despojarlo del reino de Texcoco, marcharon sobre la capital del mismo nombre con cuatro ejércitos, que debian simultáneamente embestirla por otros tantos puntos. "Por la parte de Cuauhxicmalco —dice Veytia— que es á lo último de la sierra de Tlaloc, venia un trozo mandado por los señores de Meztitlan y Tototepec, compuesto de las naciones tepehuas y mezcas; otro por Zoltepec mandado por Icuex, aquel caballero rebelado á quien habia puesto Quinantzin por gobernador de sus cercados; otro por Chihuhauhtla mandado por Yacanex, y el otro por Paltachiuhcan, de la gente de Tollantzinco, mandada por su señor y por Ocotox."

Aunque cogieron desprevenido en apariencia á Quinantzin, este rey, previendo con anticipacion sus proyectos, habia reunido tropas considerables y fortificado hábilmente su capital, de modo que, dejándola con buen número de defensores, avanzó al encuentro de sus contrarios, dividiendo también su ejército en las secciones que ellos traían, y confiando su direccion á los dos infantes hijos suyos, Nopaltzin y Tochintzin, y á los reyes de Xaltocan y Cohuatlican sus aliados. El mismo Quinantzin marchó con parte de

sus fuerzas á recibir por la sierra de Tlaloc á las que venian al mando de los señores de Meztitlan y Tototepec, y encontrándolas á inmediaciones de Quauhxi-malco, trabóse la batalla que duró varios días y que perdieron, al fin, los rebeldes, cayendo prisioneros y recibiendo la muerte sus dos gefes. Persiguiendo el vencedor á los fugitivos, llegó á Tepepolco, con ánimo de castigar al régulo de aquel señorío, por haber franqueado el paso al enemigo; mas dicho régulo puso pies en polvorosa y se malogró así su escarmiento. Las demas secciones del ejército texcucano habian hecho, entre tanto, su deber, quedando muertos en diversos combates los cabecillas Yacanex, Ocotóx é Icuex. Con este último peleó cuerpo á cuerpo el infante Nopaltzin, derrotándolo y dándole alcance del lado de Zoltepec; después de vencerlo y matarlo, se halló solo, por haberse adelantado excesivamente á sus tropas, y él mismo pereció á manos de los fugitivos, viniendo á amargar tal pérdida las alegrías del triunfo, que fué cabal en todos sentidos. El cadáver del infante fué llevado á Texcoco, donde se le tributaron los honores fúnebres correspondientes á su rango. Quinantzin, usando de su proverbial clemencia, perdonó la vida á los demas prisioneros, y aun volvió á poner á algunos de

ellos en posesion de los señoríos que tenían anteriormente, premiando al mismo tiempo á los régulos de Xaltocan, Coahuatlitan y Huexotla, por el auxilio eficaz que le impartieron durante la lucha.

Terminada ésta, recibió Quinantzin las enhorabuenas del rey de Colhuacan y de otros caciques ó señores que no hacian caso de él pocos dias antes, viéndolo abatido. El mismo Acolhua II, temeroso de que, triunfante ya de la mayor parte de sus enemigos, pensara en recobrar la corona imperial de Tenayocan, y hasta en despojarlo de la de Azcapozalco en justo castigo de la usurpacion de que era reo, tomó el partido de ceder voluntariamente la primera con el fin de salvar la segunda; convocó en Azcapozalco á su nobleza, y manifestó que aunque se creia con derecho al cetro imperial, como nieto de Xolotl, nunca fué su ánimo despojar á Quinantzin, sino quitarlo á Tenancacáltzin y restituirlo á su legítimo dueño, lo cual iba á hacer ahora que éste habia probado en la reciente lucha tener fuerzas bastantes para conservarlo. Como todos los príncipes y señores asistentes abrigaban temor de castigo, convinieron en lo plausible de tal determinacion, excepto Tezozomoc, hijo de Acolhua II, á quien éste habia hecho donacion de la ciudad de Tenayocan; pero, ocultando el príncipe su

disgusto, sometióse por entonces á las órdenes de su padre, y éste envió á Quinantzin embajadores á que le hiciesen presente su resolucíon de pasar él en persona á devolver el cetro, y tambien para que investigasen de qué modo recibiría el monarca legítimo al usurpador. Quinantzin admitió con benevolencia sus excusas, y hasta fingió agradecer á Acolhua el trabajo que se habia tomado en despojar al primer usurpador de la corona para conservarla y devolverla al heredero legítimo; enviando asimismo á decirle que podían venir á Texcoco él y todos sus nobles; que serían bien recibidos; que él no empleaba enojos ni castigos en los rendidos, sino en los rebeldes; por último, que perdonaba y olvidaba cualquiera ofensa que le hubiesen hecho, y que en lo sucesivo solo se acordaría de la accion presente para favorecerlos en cuanto le fuese dable.

Volvieron á Azcapozalco los embajadores con tan satisfactoria respuesta: designóse el día de la ceremonia, y tuvo ésta lugar en Texcoco con una pompa jamás vista en el Anáhuac. Quinantzin congregó á los reyes sus aliados, á los señores de Chalco, Cohuatepec, Tepevacac y Tlaxcallan, y, acompañado de todos ellos, aguardó en el salon principal de su palacio á Acolhua II, que llegó, se-

guido de todos sus nobles y criados, no inferiores en adornos y galas á los de la corte de Texcoco. Se hallaban éstos en pié formando dos hileras, y en el centro Quinantzin sentado en el trono. Acolhua se adelantó, llevando puesta la corona imperial, y al llegar cerca de Quinantzin, se la quitó, hizo al dueño legítimo de ella una profunda reverencia; repitió las razones que antes habian expuesto sus embajadores, y ciñó la diadema al de Texcoco, saludándolo repetidas veces con el dictado de gran chichimecatl-teuchtli, y haciendo que imitasen su ejemplo todos los señores de su comitiva. Quinantzin respondió con benevolencia y afabilidad, sin traer á colacion los sucesos pasados: ofreció á todos su amparo y proteccion, confirmándolos en la posesion de sus respectivos Estados; los alojó decentemente y mandó proceder á las fiestas de esta su nueva coronacion, que Veytia señala en 1325 y el abate Brasseur en 1272, apovándose uno y otro historiador en autoridades y relaciones diversas, como siempre sucede.

Para acabar en este capítulo con todo lo mas notable del reinado de Quinantzin, dejaremos pendiente la relacion de algunos sucesos que siguieron á la nueva coronacion de este príncipe, saltando á los acaecidos veinticinco años despues

de haber recobrado el cetro imperial. Regia en paz sus pueblos y prosperaban estos notablemente; pero los chichimecas partidarios de la bárbarie promovieron nueva sublevacion, haciendo que entrasen en sus planes los cuatro hijos mayores del emperador, á quienes pintan algunas relaciones como fautores principales de la revuelta. Veytia, siguiendo tales relaciones, dice que no estaba contenta la ambicion del primogénito, y que, pareciéndole que se prolongaba mucho la vida de su padre, intentó acabar con ella para subir en breve al trono; hizo entrar en sus planes parricidas á tres hermanos, y aun los comunicó á Techotlalatzin que era el menor de todos ellos, y quien, horrorizado de semejante monstruosidad, dió noticia de todo á Quinantzin. Rebeláronse repentinamente las provincias de Huaxtepec, Totolapan, Huehuetlan, Mizquic, Cuitláhuac y otras que bañaba el mar del Sur, no menos que muchos pueblos sujetos á los reyes de Colhuacan, Colhuatitlan y Xaltocan, especialmente los chichimecas de los llanos de Poyauhtlan, con el pretexto de hallarse oprimidos por los decretos imperiales relativos al cultivo de los campos y policia de las ciudades. Los cuatro hijos de Quinantzin, directores de la revuelta, salieron de los Estados cuyo señorío les habia confiado

su padre, para ponerse al frente de los rebeldes y venir á atacar simultáneamente á Texcoco.

Reunió en dicha capital sus fuerzas Quinantzin, engrosándolas con muchas otras de sus numerosos aliados, en cuyo número figuraban ya los mexicanos y tlátelolques, y, formando seis cuerpos cuyo mando confió á los principales reyes y señores, los hizo invadir á un tiempo diversas provincias de las alzadas, marchando él mismo sobre Totolapan, donde se habian juntado sus cuatro hijos; mas éstos, sabiendo que iba por aquel rumbo, y no teniendo valor para verle el rostro en el campo de batalla, se retiraron á los llanos de Poyauhtlan. Acudieron á este sitio los restos de todas las fuerzas rebeldes, sucesivamente batidas en diversos puntos por los demas cuerpos del ejército imperial, con lo que formaron uno verdaderamente formidable, no bajando, por otra parte, de 100,000 el número de los hombres al servicio de Quinantzin. Dióse una batalla terrible, haciéndose en aquellos tal carnicería, que "corriendo arroyos de sangre, tiñeron las aguas de la laguna, y en los tiempos posteriores dijeron que cierto marisco que se cria en ella á manera de espuma de color de sangre renegrada, lo era efectivamente de los que murieron en esta batalla, y le die-

ron el nombre de "ezcahutli" de la voz "eztli," que significa "sangre," y despues, corrupto el vocablo, llaman "izcahuitli." (1) Fueron completamente derrotados los rebeldes, y los que salvaron la vida huyeron en su mayor parte hácia Atlixco, Cholula, Huejotzinco y Tlaxcala, y aun hasta las costas de lo que despues se llamó Veracruz.

Antes de la batalla, los cuatro desnaturalizados hijos de Quinantzin, por cobardia ó arrepentimiento, huyeron por veredas escusadas y entraron secretamente á Texcoco, implorando la proteccion de la madre, quien, al recibir al vencedor acompañado de los reyes y señores aliados y de sus tropas aguerridas, pidióle alguna merced en albricias del triunfo. El emperador, que estaba lejos de figurarse que sus hijos, á quienes suponía fugitivos y habia mandado perseguir activamente, se hallaran en su córte, otorgó á la emperatriz la merced que pidiera, y entonces ella descubrió el paradero de los hijos é imploró su perdon. Concediólo Quinantzin, siendo, como era, incapaz de faltar á su palabra, y generoso, por otra parte, hasta el exceso; pero deseando poner coto á nuevas peticiones de la madre,

(1) Veytia.

la declaró desde luego que los culpables saldrían desterrados de la córte y quedarían desheredados de la corona, estableciéndose en la provincia de Tlaxcala, donde les daría tierras que gobernar. Resignóse por lo pronto la emperatriz, confiando en que con el trascurso de algun tiempo lograria evitar á sus hijos aun este castigo; bien corto en proporcion de la culpa; mas pocos dias despues, declaró Quinantzin desheredados á los cuatro hijos mayores, y heredero de la corona al menor, Techotlalatzin, así por su fidelidad como por el heróico valor de que habia dado muestras en la reciente campaña. No pudiendo la emperatriz á fuerzas de ruegos y lágrimas conseguir que Quinantzin revocara su providencia, pudo mas en ella el amor á los hijos que sus deberes conyugales, y se retiró con los desterrados á Tlaxcala.

## X.

Los aztecas en Chapultepec y Colhuacan.—Guerra con Malinalco.—Red tendida á Copil.—Es asesinado este príncipe. — Guerra de los pueblos circunvecinos con los aztecas.—Toma y destruccion de Chapultepec.

Uno de los pasages mas oscuros y contradictorios de la historia de México, es aquel de que nos vamos á ocupar en este capítulo, dando primeramente un extracto de la relacion de Veytia, y tomando en seguida los episodios mas interesantes de la de Brasseur.

Segun el historiador poblano, bajo el reinado de Coxcox ó Coxcoxtili, sucesor de Calquiyauhtzin en el trono de Colhuacan, tuvo lugar la guerra entre colhuas y xochimilcos, de que hablamos anteriormente, y en la cual los aztecas comenzaron á distinguirse no menos por su valor que por su astucia, acometiendo de allí á poco la empresa de lanzar á Tenacalcáztin del trono de Tenayocan. Animo de Acamapictli ó Acamapitzin, hermano de Acolhua II de Azcapozalco, ante el feliz resultado de las ambiciosas intrigas de este monarca, quiso imitar su conducta y valerse también de los aztecas para qui-

tar á Coxcox la corona de Colhuacan, haciendo valer los derechos de su esposa. Instigados por él los auxiliares, comenzaron á hostilizar á Coxcox, quien no les hizo caso al principio, pero tuvo, al fin, que ponerse en campaña contra ellos, el año de 1301. Dióse, por principio de cuentas, una batalla en que apareció ya Acamapitzin al frente de los aztecas, y cuyo éxito fué dudoso; duró la guerra dos meses; pero habiendo recibido refuerzos aquel gefe, cargó reciamente sobre Coxcox, lo derrotó y persiguió hasta Colhuacan, penetró en la ciudad, hizose jurar rey por la amedrentada nobleza, y el destronado imperante fué á refugiarse á la corte del rey de Cohuatlican su padre, quien lo trató de cobarde y afeminado y lo desheredó del trono que, á su muerte, le pertenecía de derecho. Acamapitzin, agradecido á los aztecas por el auxilio que le prestaron, los invitó á que se estableciesen en Colhuacan, y así lo hicieron en número considerable; pero, muriendo el vencedor dos años despues, le sucedió en el mando Xiuhtemoc ó Xihuiltemoc, primogénito suyo; y habiendo tambien fallecido á la sazón Huitzilihuitl, caudillo de los aztecas, reconocieron éstos con tal carácter á Xiuhtemoc, quien repugnó al principio el cargo de que lo querian investir, mas admitiólo al cabo, cediendo á

sus reiteradas súplicas, y entonces fué cuando el grueso de aquella tribu abandonó las faldas de Chapultepec para trasladarse á Colhuacan. No se hizo esto sin celos y disgusto de parte de los colhuas, y como, por otra parte, el rey no lograse mejorar las costumbres de los aztecas, que trababan riñas y cometían frecuentes robos y otros desmanes, expeliólos al fin, de sus dominios.

Tal es, en extracto, la relacion de Veytia. El abate Brasseur, fundándose en otras autoridades, señala orden diverso á los sucesos; hace preceder el reinado de Xiuhtemoc al de Coxcox, y nos habla de guerras que el primero de estos historiadores para nada menciona, y de las cuales trataremos de dar idea en gracia del interes dramático de algunos de sus episodios.

Establecidos los aztecas en las faldas de Chapultepec, molestaban á sus vecinos con incursiones de mala ley, y habiendo efectuado una de éstas en el territorio de Malinalco, dependiente de la corona de Colhuacan, el señor feudal de ese territorio, llamado Copil, hijo de Malinalxóchitl la hermana de Huitziton, y heredero de los rencores de esta dama contra los aztecas, que la dejaron abandonada en la emigración de Aztlan y Chicmochtoc, halló ocasion á la venganza, cu-

yo designio alimentaba; los rechazó causándoles graves pérdidas; solicitó el auxilio de los demás pueblos del valle, igualmente resentidos contra tan malévolos vecinos, y, apoyado principalmente en el rey Coxcox de Colhuacan, trató de marchar con fuerzas á Chapultepec á castigarlos. Mandaba allí á los aztecas Huitzilihuitl, y era su gran sacerdote Quauh-tlequetzqui, quien veia con no pocos celos la preponderancia del orden civil sobre el sacerdotal; pero comprendiendo que entrambos órdenes peligraban con toda la tribu ante la empresa de Copil, á quien se aliaban los partidarios del rito de Quetzalcohuatl, por considerar en el de Huitzilopochtli la continuacion del de Tetzcatlipoca, reconocilióse ocultamente el expresado gran sacerdote con sus contrarios; hizo creer á Copil que por odio á Huitzilihuitl entraba en sus intereses, trabajando por abrirle las puertas de Chapultepec y someterle toda la tribu azteca, y el hijo de Malinalxóchitl, no obstante su malicia y desconfianza, prestóse á concurrir á una cita que aquél le dió para una isla inmediata á Chapultepec, formada por una roca rodeada de juncos. llamada Tlalcomocco, y en la cual dice la leyenda que mas tarde se fundó la ciudad de México.

Tal isla ó islote, para hablar con mas

propiedad, había sido cedido ó prestado por los colhuás á los aztecas; á fin de que ejercitasen allí su industria de pescadores. Aliado ahora Coxcox á Copil, y deseando impedir que aquellos en la guerra se sirviesen de este punto, reputado extratéjico, envió algunas barcas con soldados para que echasen del islote á los indios en él establecidos. Calculando Quauhtlequetzqui el tiempo que tardarian en llegar á Tlacomocco los soldados de Coxcox, hizo concurrir antes á Copil á la entrevista. Ciego de odio, ambicion y orgullo, el señor de Malinalco, que creia verse ya á la cabeza de la nacion azteca mediante los buenos oficios de Quauhtlequetzqui, pasó, acompañado de su hija Azcaxochitl y de una reducida escolta, á la consabida roca, siendo ya noche, y no desembarcó en ella sino despues de haberse asegurado por medio de algunos agentes suyos de que el sacerdote no tenia otra gente consigo que algunos miserables pescadores que permanecian allí con sus chalupas. En una cabaña frente al lago cuyas ondas lamian la base de la roca, aguardaba Quauhtlequetzqui á Copil: la conferencia comenzó al punto, haciéndose notar en ella la humildad y deferencia del primero, y el orgullo y altanería del segundo. Repentinamente, Quauhtlequetzqui levantó la cara,

y sus ojos brillaron con luz siniestra; dijo que Huitzilopochtli pedia el corazon de Copil, y antes de que este principe pudiera recibir el auxilio de su escolta ó defenderse por sí mismo, lo derribó en tierra, púsole la siniestra mano en el pecho, y abriéndoselo con un puñal que tenia en la diestra, le arrancó el corazon, que elevó hácia los cielos como ofreciéndolo. Al grito salvaje que lanzó al agredir á su interlocutor, salieron de entre los juncos los aztecas, que habian permanecido ocultos, y se apoderaron de los nobles y soldados de Malinalco, sin que hubiesen éstos podido emprender la fuga. La princesa Azcaxochitl tambien quedó prisionera. Quauhtlequetzqui cortó en seguida á su víctima la cabeza, que fijó en una estaca fuera de la cabaña, y echo al lago desde lo alto de la roca el tronco y el corazón que acababa de ofrecer á Huitzilopochtli, diciendo que este dios quedaba satisfecho, y que de aquel sitio así consagrado, surjiria la grandeza azteca. Agrega la leyenda que entonces brotaron allí las fuentes de Acopilco, que mas tarde surtieron de agua al templo mayor de México. Brasseur se inclina á creer que deben existir esos manantiales bajo el piso de nuestra grandiosa catedral.

Con las primeras luces del alba llegaron los colhuás encargados de arrojar del



islote á los aztecas: sin desconfianza alguna desembarcaron; mas al ver la cabeza de Copil en la estaca, llenáronse de espanto. Presentóseles al mismo tiempo Quauhlequetzqui, diciéndoles que Huitzilopochtli había exigido el corazón de aquella víctima, y aterrorizados entonces, trataron de huir; pero saliendo los aztecas nuevamente ocultos en los juncos, dieron sobre los colhuas, haciendo en ellos horrible carnicería y sacrificando en seguida á los prisioneros. Unos cuantos que á nado pudieron salvarse, llevaron á Coxcox la noticia de semejante tragedia.

Si la corte de Colhuacan se llenó de asombro y horror al saberla, Chapultepec resonó con los gritos de júbilo de los astutos cuanto sanguinarios vencedores. Quauhlequetzqui, no obstante su vejez, abusó de la noble prisionera Azcaxochitl, teniendo en ella un hijo llamado Cohuatzontli, tronco mas tarde de una de las primeras familias mexicanas; pero sobrevivió muy poco á tales hechos, pereciendo en uno de los muchos combates que se trabaron, á consecuencia de ellos; y aun se dice que la víctima de su brutalidad no fué extraña á su muerte. Los malinalcas, ardiendo en deseos de vengar tamaños ultrajes, ratificaron y estrecharon la liga provocada por Copil con los demás pueblos del valle, y reunieron todos

ellos fuerzas considerables que los aztecas aguardaron á la defensiva en Chapultepec. Prolongábase el asedio de esta plaza, que no daba indicios de rendirse, cuando los sitiadores, poniendo en práctica la falsía de que sus contrarios habíanles dado ejemplo, invitaron á Huitzilihuitl á salir con sus fuerzas á campo raso, para que el éxito de una gran batalla pusiese fin á la guerra. Picaron el cebo los aztecas, adelantándose en hueste numerosa al sitio designado, y dejando encomendada la guarda de la ciudad á sus ancianos y mugeres. Los aliados, después de embestir en el campo á los aztecas salidos de sus muros, hicieron que algunas fuerzas de reserva, de antemano separadas, atacasen á Chapultepec. Los defensores de la plaza se resistieron heroicamente, no obstante haberles hecho creer que Huitzilihuitl y sus huestes quedaban derrotados: á la vez, en el campo de batalla dióse á uno y otras la noticia, falsa aún, de haber sido tomada Chapultepec, y no por ello desmayó el esfuerzo de los aztecas, quienes solamente cejaron y se desbandaron al ver desde lejos el incendio de su capital, ya ocupada por el enemigo. La mayor parte de los fugitivos se ahogaron en la laguna ó murieron á los golpes de sus perseguidores.

Huitzilihuitl, que se había ocultado en

el monte, fué descubierto en union de su hija y su hermana, y los aprehensores llevaron á los tres, desnudos, á Colhuacan, donde se les hizo morir en castigo de los asesinatos de Copil y de Acolhúa II, cuyo fin la leyenda de que nos ocupamos atribuye al gefe azteca. Al mismo tiempo fueron reducidos á escombros los edificios de Chapultepec, y los niños y las mugeres vendidos como esclavos. Se hace mencion de un cántico de Mateuchtli, señor azteca, quien decia, lamentando los desastres de su patria: "Chapultepec ha sido testigo de nuestras desdichas: sus muros, hoy desiertos, han resonado con el choque de las armas, y mientras consumia el incendio sus techos, cuatro sitios diversos presenciaban la derrota de nuestros guerreros. Despues de haber triunfado en uno y otro combate, Huitzilihuitl, vencido á su vez, fué á Colhuacan á morir en cautiverio."

## XI.

**Ojeada retrospectiva á Cholula y Tlaxcala.**---Conjuracion de los chichimecas toltecas.---Matanza de los olmecas y xicalanques.---Encantamientos de Camaxtli en la guerra entre Tlaxcala y Huexotzinco.---Caida de los chichimecas y restauracion de Cholula.

Hemos dicho que despues de la batalla de Poyauhtlan, los chichimecas partidarios de la antigua barbarie que en aquellos llanos fueron vencidos, se retiraron en mucha parte á Tlaxcala y Cholula. Algunas crónicas refieren que esta emigracion tuvo efecto con el consentimiento de Quinantzin, y de los demás reyezuelos y señores del Anáhuac, quienes dieron guías á los emigrantes para que, desde las alturas que circundan el valle, les mostrasen las floridas regiones de Huitzilapan. Dirigiéndose por el camino llamado de los volcanes, se desanimaron de pronto, al aspecto de las asperezas que tenian necesidad de vencer, y embarazada su marcha con multitud de ancianos, mugeres y niños, fueron haciendo jornadas cortas, deteniéndose meses enteros en cada lugar, y manteniéndose de la caza de animales, cuyas pieles se-